

María de los Ángeles Alvariño González creció entre libros y olor a mar. Su padre era médico, su madre maestra, y ella heredó de ambos la costumbre de hacer preguntas. Desde pequeña, la costa gallega fue su aula: observaba las olas, recogía conchas, se preguntaba qué había debajo de esa superficie gris y fría.

Un verano el sol brillaba intensamente sobre la arena dorada y el aire parecía pesado por la culpa del calor. Ángeles, paseando por la playa, vio una escena que no olvidaría. Una mujer cargaba con cinco niños en el agua, los controlaba, los levantaba, los perseguía, todo a la vez. Uno de los niños se revolcaba en la arena mojada mientras el agua le tocaba los pies. Otro intentaba construir un castillo de arena, amenazado por una ola que lo arrastraba. Estaba a punto de prorrumpir en llanto, pero la mujer estaba allí levantándolo y alejándolo del agua para que pudiera continuar construyendo. El más pequeño aferraba a su pierna, buscando seguridad en su presencia. A pocos metros, en la arena seca, su marido fumaba un cigarrillo con los ojos cerrados, ajeno a todo. Ángeles se quedó mirando un buen rato. Algo en esta imagen le apretó el pecho de una manera que no supo explicar en ese momento. Aquella mujer sostenía un mundo entero con los brazos, con la voz, y nadie a su alrededor parecía verlo. Desde ese día supo que dedicaría parte de su vida a que el talento femenino no acabara ahogado en el silencio, invisible para quienes no querían mirar.

Pero la escuela le dejó también otra idea, más extraña. Los niños moviéndose en todas direcciones, flotando, chocando entre ellos, le recordaron de pronto algo que había estudiado en los libros: el plancton. Esos organismos minúsculos que viajan a la deriva en el océano, invisibles a simple vista pero fundamentales para todo lo que vive en el mar. La madre en el centro, aguantando, organizando, dando vida. El plancton en el centro del ecosistema, sin que nadie lo vea. La conexión la golpeó con una claridad extraña, casi incómoda. Esa tarde decidió que quería entender esos organismos como nadie los había entendido antes.

Y lo hizo. Descubrió veintidós especies nuevas de zoo-plancton, publicó más de cien trabajos y abrió puertas que después atravesaron otras. Todo eso en una época en que las mujeres apenas tenían sitio en los laboratorios, cuando tenía que demostrar el doble para que la tomaran en serio. Pero Ángeles siguió adelante, con la misma terquedad tranquila con la que el plancton lleva millones de años moviéndose por los océanos sin pedirle permiso a nadie.

Aquel instante en la playa se convirtió en el faro que guiaría a Ángeles a lo largo de su vida. La imagen de la mujer sosteniendo a los niños resonó en su interior recordándole que los organismos invisibles sostienen el mundo. Su pasión por el mar y la ciencia se volvió su forma de visibilizar a quienes como el plancton son ignorados.

Con cada descubrimiento, al ser la primera mujer en subir a bordo de barco británico, ella no solo se hizo un nombre en la comunidad científica, sino que también abrió caminos para otras mujeres. Su trabajo demostró que la curiosidad puede desafiar cualquier barrera. Así una simple tarde se convirtió en la defensora de los que no son escuchados e invisibles en el mundo entero.